



LLUVIA ÁCIDA

DAVID
GISTAU

BUS

El carguito público cura las almas rebeldes o las corrompe

EN Argentina usan mucho el verbo «histeriquear». Nació para definir ciertas actitudes en las relaciones sentimentales, sobre todo la reticencia para conceder una cita, no digamos una rendición mayor. Pero ha evolucionado hasta referirse a situaciones donde alguien reacciona sin templanza, sobreactuando, como quien se sube a una silla y chillaba a ver un ratón.

La palabra «histeriquear» fue la que me rondó durante la semana pasada cuando un autobús naranja hizo en Madrid la entrada de un ratón en una peluquería. No hace falta ser un gurú de la comunicación para saber que el desdén y la indiferencia amortiguan el sonido de las campañas de propaganda artesanales: a los burgueses sólo se les epata si los burgueses se dejan. En esta ocasión, la pretensión de escándalo del autobús naranja se ha multiplicado hasta proporciones insólitas por culpa del histeriqueo, es decir, porque una serie de líderes regionales y de tertulianos entraron en competición por ver a quién repugnaba más aquello, como si el premio por obtener fuera un salvoconducto progresista. A organizaciones como la del autobús naranja no se las puede fortalecer regalándoles semejante triunfo. A ver si la próxima vez hay más templanza y un desdén parecido al que Bogart dispensaba a Lorre en «Casablanca»: «No te desprecio. Para despreciarte, debería detenerme a pensar en ti». No quiero ni imaginar los chillidos si, visto el éxito, los ratones proliferan ahora como una plaga.

El experimento del autobús naranja ha sido revelador. No ya por lo divertido que resulta ver a Cifuentes suplicando que se lo saquen de una pantalla porque no soporta verlo —«¡Las sales, las sales!»—, como si fuera una de las fotografías escatológicas de las cajetillas de tabaco. Sino porque ha terminado de consagrar el viaje interior de la Juventud Sin Futuro que se nos institucionalizó en el ayuntamiento de la capital. Aquellos feroces contestatarios que vindicaban la abrasión del humor salvaje, la gallardía de la rebeldía y hasta la acción en la calle ahora son unas beatas que patrullan la corrección política y sufren saponcios cuando alguien la quebranta. No es la primera vez que la historia nos enseña procesos como éste que ahora se repite en un grado menor de importancia. La insurgencia es sólo una herramienta para conquistar la forma de poder que esté al alcance, así sea sólo en un ámbito municipal. En cuanto lo logra, la insurgencia abomina de los cauces que ella misma usó y los reprime, pues no en vano ha pasado a ser lo establecido, incluso en lo doctrinal. El carguito público cura las almas rebeldes o las corrompe, esto depende de la perspectiva de cada cual. Por eso, y mientras persiguen un autobús naranja por las calles de la ciudad, los militantes de Juventud Sin Futuro disuelven la organización. El Estadito les procuró un futuro e incluso les otorgó la custodia del canon de corrección. No debe extrañar que Rita Maestre diga que la mujer que asaltó la capilla era otra, inmadura, sin carguito.

PUEBLA



COSAS MÍAS

EDURNE
URIARTE

LA DERECHA FRENTE AL ANTI-TRUMPISMO

La derecha que lamenta el trumpismo tiene la sensación de quedarse con cara de imbécil

Bastantes lectores de este periódico están irritados por algunos artículos contra Trump y les entiendo, aunque yo misma me encuentro entre los críticos de Trump. Como entiendo el fortalecimiento del apoyo a Trump entre sus votantes. Y no porque lo esté haciendo mejor de lo que esperábamos, sino por la doble vara de medir de las críticas progresistas y su insostenible hipocresía. La derecha moderada que lamenta el populismo de Trump y sus ideas sobre los musulmanes, las mujeres, los inmigrantes, Europa o el proteccionismo, tiene una creciente sensación de quedarse con cara de imbécil, y no es para menos, cuando la izquierda sigue sin aplicar una sola de sus ideas anti-Trump al populismo y extremismo de sus propias filas.

¿A qué conduce la crítica de la derecha a Trump si la izquierda es incapaz de una autocritica comparable? ¿A fortalecer su percepción de superioridad moral? O, pregunta igualmente pertinente, ¿adónde conduce el rechazo al populismo de derechas si no va acompañado de un rechazo semejante al populismo del otro lado? Por el momento, a lo de la percepción de «cara de imbécil», por ejemplo, cuando leemos a todo un expresidente del Gobierno de España, Felipe González, calificando de «psicópata» al presidente de Estados Unidos. Y cuando recordamos que este mismo expresidente socia-

lista estuvo callado durante meses ante el sectarismo, el populismo y el extremismo de su compañero Pedro Sánchez, que impidió la presidencia del ganador de las elecciones durante casi un año y que no formó Gobierno con la ultraizquierda y los independentistas porque no logró que le cuadraran los números. También se opuso una parte del socialismo, cierto, pero no recuerdo a nadie, tampoco a Felipe González, dedicándole las perlas que le han aplicado a Trump.

O cuando vemos a toda la prensa progresista mundial escandalizada porque Trump, escriben, ha acusado «sin pruebas» a Obama de haberle pinchado el teléfono durante la campaña electoral de 2016. «The New York Times» hasta le dedicó un durísimo editorial ayer «por su indiferencia hacia la verdad y la integridad moral». Maravillosa novedad, resulta que ahora la prensa progresista exige las «pruebas» que no han importado un comino en cientos de acusaciones contra los líderes de la derecha, incluidas las acusaciones de acuerdos con Putin para intervenir en la campaña electoral estadounidense contra el propio Trump. O cuando tampoco han importado para eso de la integridad moral las fuentes anónimas o los *hackeos* de delincuentes informáticos contra políticos y partidos de derechas porque entonces, decían, lo que primaba era el «derecho a saber».

Y por si la derecha no tuviera bastantes motivos de asombro con el antitrumpismo, estamos a punto de entrar en la campaña del antilepenismo, dada la cercanía de las presidenciales francesas. Veamos lo que van a llamar a Marine Le Pen los mismos que encuentran interesantes y perfectamente respetables a Pablo Iglesias y a Podemos. O qué movilizaciones anti-Le Pen exigirán quienes acuerdan con la extrema izquierda en España y quisieran sustituir el Gobierno de Rajoy por una alianza entre socialistas, ultras e independentistas. No sugiero que la derecha moderada apoye a Le Pen ni rectifique su desacuerdo con Donald Trump, pero sí debe dedicar más atención y tiempo a esos otros populismos a los que nadie llama «psicópatas», que en España sobrepasan el 20 por ciento del voto, en Francia apoyaron a Hollande y en Estados Unidos han constituido una parte significativa del voto a los demócratas.

PECADOS CAPITALES

MAYTE
ALCARAZCOMO LÁGRIMAS
EN LA LLUVIA

Al igual que en la novela que se inspiró en Blade Runner, he visto cosas que vosotros no creeríais

TODO ocurre en un futuro no muy lejano. Como en «Lágrimas en la lluvia», la novela de Rosa Montero en la que una replicante, Bruna Husky, investiga qué hay detrás de la ola de locura que se ha apoderado del mundo. Termina el primer cuarto del siglo XXI; Donald frisa los ochenta y está a punto de dejar la Casa Blanca, tras su segundo mandato. Los años le han caído encima con la fuerza de las canas que pugnan por escupir el tinte pajizo. Las clases medias y trabajadoras americanas, que creyeron en él, sufren la peor recesión que se recuerda. Al sur, un muro aísla a México, cuya moneda se cambia ya a 50 pesos por dólar. Los aranceles han dejado la economía del país latino al borde de la bancarota.

Los equilibrios en el mundo han cambiado. La alianza rusoamericana, que firmaron en 2017 los viejos amigos Donald y Vlad [Putin], hace agua. El Asad ha muerto y Siria sigue desangrándose. El Daesh golpea a Occidente, incapaz de responder al terrorismo islamista. Las sociedades europeas, antaño prósperas, se han convertido en un parque temático donde los nuevos amos del mundo, los chinos, acuden para admirar sus tesoros artísticos. La política proteccionista de Trump ha cerrado el mercado norteamericano a las empresas de Europa, que han tenido que despedir a miles de empleados, los mismos que soñaron con que el populismo les arreglaría sus vidas y que la vieja política no servía.

Tanto la OTAN, herida de muerte por la nueva política exterior americana, como la Unión Europea, que se quedó casi simultáneamente sin firmar el tratado de libre comercio y sin el Reino Unido, son ya historia. La ola antisistema se llevó por delante la democracia y los valores que imperaron desde que acabó la segunda guerra mundial. En el Elíseo gobierna desde 2017 Marine Le Pen, con un programa antiliberal y autocrático. La noche que venció a Nicolas Sarkozy denunció que la UE no representaba al pueblo y que su Ejecutivo suponía «el triunfo de la gente contra las élites», mensaje que sus hermanos en España, Podemos, repiten en Madrid. La «antipolítica» manda en Gran Bretaña desde que el UKIP se integró, junto a Moscú y Washington, en la nueva coalición antieuropea. Hace ya tiempo que Alemania despidió a Merkel y al euro y su partido de gobierno, Alternativa para Alemania, cerró las fronteras a los refugiados y el grifo a los rescates a los países periféricos, uno de los cuales, la Grecia de Tsipras, ha suspendido pagos. Renzi dimitió, tras perder el referéndum constitucional en Italia, y ahora es Matteo Salvini, de La Liga Norte, quien presume de su pacto con Trump, que no ha evitado la caída del PIB italiano a niveles del siglo XX.

En España, Pablo Iglesias, respaldado por los incansables independentistas, ha cambiado la Constitución para sortear el revocatorio que prometió. Sus dos ministros estrella son Ramón Espinar, titular de Vivienda, y Pedro Sánchez, ministro para las Predicciones Electorales. He visto cosas que vosotros no creeríais. Pues eso.

A los cuatro vientos

Dolores de Cospedal, ministra de Defensa J. GARCÍAPetición francesa a Cospedal
España estudia enviar
helicópteros al Sahel

España estudia enviar helicópteros de transporte militar para reforzar su cooperación con Francia en el Sahel, que abarca la denominada operación Barkhane contra el yihadismo y con presencia militar francesa en Mauritania, Malí, Níger, Chad o Burkina Faso. Se trata de una de las peticiones que el Gobierno de París ha trasladado a la nueva ministra de Defensa, María Dolores de Cospedal, que ayer se estrenó en el cargo con una visita al Mando de Operaciones. El envío de los helicópteros es una petición francesa cuya respuesta fue postergada por estar el Gobierno en funciones. Cospedal tiene ahora la última palabra

Crece la economía, y el tráfico
El automóvil se impone
al transporte público

El uso del automóvil como solución a la movilidad se ha disparado en el último año de forma significativa entre los españoles, al pasar del 28 por ciento en 2015 al 61 por ciento en 2016. Por contra, disminuye de forma considerable la utilización del transporte público, como el autobús, que ha pasado del 61 por ciento en 2015 a un 35 por ciento este año. La tercera «Radiografía de los hábitos de movilidad de los españoles» revela que, a medida que la situación económica mejora, el automóvil recobra su posición dominante en detrimento del transporte público. Con lo que se demuestra que no cogíamos el autobús por convencimiento, sino por necesidad.

Al oído

EL FUTURO DE
SÁNCHEZ EN EE.UU.

El viaje de Pedro Sánchez a Washington DC tiene con la mosca detrás de la oreja a medio PSOE, más allá de los chistes y memes que se han hecho sobre su cacareado apoyo en Twitter a Hillary Clinton. Muchos dirigentes piensan que el exsecretario general ha estado en un seminario en la capital estadounidense «buscándose un futuro» lejos de la política. Porque, en su día, ya trabajó como consultor en aquel país.

CARTAS
AL DIRECTORLas puertas abiertas
del Instituto Cervantes

Implantado hoy en 44 países, el Instituto Cervantes ha cuidado siempre con extremado rigor en sus actividades el respeto a todas las confesiones religiosas. En esa línea ha decidido, por ejemplo, realizar en jueves las pruebas CCSE para la adquisición de la nacionalidad española, a fin de facilitar el acceso de judíos, musulmanes y adventistas, entre otros.

Asimismo ha ampliado, en la medida de sus posibilidades, el número de convocatorias DELE, diploma oficial del Gobierno de España, que actualmente se ofrecen en nueve fechas diferen-

tes, y se publican con casi un año de antelación. Por esta razón, nos ha sorprendido leer en la sección de Cultura de su diario, a tres columnas: «El Cervantes impide a los judíos examinarse fuera del Shabat».

Los diplomas DELE son títulos oficiales de Español que el Instituto otorga en nombre del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España. En el año 2016 se han inscrito a los exámenes DELE cerca de 105.000 candidatos en los más de mil centros de examen en más de cien países.

Por ello, es responsabilidad del Cervantes que la administración de los exámenes se realice de acuerdo con los estándares internacionales de calidad que rigen todas las pruebas, y garantizar que todos los candidatos se examinan en las

mismas condiciones.

Las dos jóvenes judías ortodoxas mencionadas en el artículo se han examinado ya, según reconocen, sin ningún problema de varios niveles del DELE.

Debían conocer de antemano las fechas que se ofrecían en el 2016 para el nivel C1, al que querían presentarse, y han sido atendidas e informadas, en todo momento, de modo claro y transparente por el personal del Instituto, que ha tratado de buscar soluciones a su problema, explicándoles las razones por las que no podía accederse a su petición.

Lamentando mucho no poder atender en esta ocasión su solicitud particular, consideramos que la afirmación que ustedes publican no refleja la realidad, máxime cuando el



LLUVIA ÁCIDA

DAVID
GISTAU

WISCONSIN

Siento comunicar a los mandarines de la prensa española que no moverán un solo voto en ninguno de los estados de la Unión

S I ya creer que los columnistas y/o opinadores de mesa camilla influimos en el bar de debajo de casa me parece una petulancia, imaginen lo que pienso de los que, estos días, pugnan en la prensa española por orientar el voto de los naturales de Iowa. De costa a costa de los Estados Unidos están los votantes norteamericanos esperando a que salgan en el iPad las primeras ediciones de los periódicos españoles para saber a quién tienen que votar, a Trump o a Hillary. Desde Wisconsin, en concreto, me han llegado peticiones de que me pronuncie porque están que no saben qué hacer. Es que en Wisconsin, por otra parte, es muy habitual ver a la gente con el ABC debajo del brazo, como si pasearan por Serrano hacia el «sprit» en la terraza acristalada de Cappuccino.

Sé que lo propio de los españoles es buscar pretextos para encolerizarse y detectar un enemigo feroz en el tipo sentado en la mesa colindante del café. O de cualquier tertulia profesional. En ese sentido, las elecciones americanas constituyen una excusa tan válida como el creacionismo, el deshielo en el Ártico, Putin o la regulación de la recogida de basuras en los arrabales de Melbourne. Adelante, peleen, pues de eso se trata. Trumpistas contra hilaristas, y que vuelen los ceniceros, y que de estas reyertas salgan desafíos a duelo y amputaciones y un intenso tráfico por Madrid de las ambulancias del Samur. Pero sepan que lo hacen por ustedes mismos, por desfogar su conciencia, por adaptar a este otro terreno su necesidad de odiar lo establecido, por usar a Trump como excusa para manifestar una posición ética personal, por cualquiera que sea su necesidad particular. Pero lo hacen por ustedes mismos porque, en Wisconsin, ni saben quiénes somos ni les importa un carajo. Siento comunicar a los mandarines de la prensa española que ni con cien mil artículos bien fundamentados moverán un solo voto en ninguno de los estados de la Unión. Es duro, lo sé. Pero anímense: en el bar de debajo de casa a veces echan un vistazo a las cosas que escribimos, si es gratis porque alguien se dejó olvidado el periódico, de lo contrario, tampoco, como en Wisconsin.

He notado que el mayor aprendizaje traído por la madurez es la dosificación de la energía. Elegir las peleas, no entrar en todas. Elegir incluso el número posible de asaltos dentro de una pelea, no derramarse en todos. No estamos ya para reñirlo todo y contra todos. Ello requiere un esfuerzo de síntesis para dejar bien determinadas las tres o cuatro cosas, tanto en el ámbito personal como en el profesional, por las cuales entraremos en pelea. Francamente, Trump y Hillary no están entre ellas. No porque el resultado de unas elecciones americanas no me parezca importante para todos los habitantes del planeta. Sino porque, y aquí estoy siendo brutalmente sincero conmigo mismo, tengo la ligera sensación de que en Wisconsin no acaba de importar una higa lo que yo piense o diga. En el bar de abajo al menos hay un vendedor de cupones que sí atiende.

PUEBLA



COSAS MÍAS

EDURNE
URIARTELOS ULTRAS QUE
ODIAN A TRUMP

Trump tiene su equivalente en Europa no sólo en la extrema derecha, también en la extrema izquierda de Podemos en España

CONFÍO en que acierten las encuestas y la jornada electoral en Estados Unidos culmine con el triunfo de Hillary Clinton. (45,3 por ciento para Clinton y 43 por ciento para Trump es la media de las diez últimas encuestas comparadas ayer por *The New York Times*: sólo una da la victoria a Trump, otra da un empate y las otras ocho predicen la victoria de Clinton). Por las razones que expuse en este mismo lugar hace varias semanas. Si no fuera suficientemente nefasto para Estados Unidos un presidente ignorante, racista y machista al frente del país, sus ideas nacionalistas y aislacionistas en política internacional son un paso atrás para la libertad en el mundo frente a una Hillary Clinton que, pese a miedos posteriores, apoyó la guerra contra Sadam Husein.

Pero, si triunfa Clinton, lo lamentable será que estas elecciones vayan a pasar con bastante más demagogia progresista aún que la habitual. Una demagogia que, si en el pasado presentó a Obama como el artífice de la paz y de la igualdad entre ricos y pobres frente a la derecha militarista y elitista, ahora identifica el populismo, el racismo, el machismo o el discurso del odio con la derecha. Insensibles al hecho de que el populismo que ha elevado a Trump es el mismo que no sólo estuvo cerca de dar la victoria a Sanders frente a Clinton

en el bando demócrata, sino también el que alimenta a la extrema izquierda en Europa.

Los ultras que odian a Trump, la extrema izquierda española y la del resto del planeta, comparten los mismos rasgos populistas que él. Y lo frustrante es que asistamos a tanto discurso crítico de la izquierda moderada con Trump incapaz de reconocer que sus males, el antileitismo, la antipolítica, el discurso del odio, son los mismos que representan Podemos y los suyos en España. Quienes se escandalizan porque Trump haya declarado que no respetará el resultado electoral, si no gana él, son los que, por ejemplo, entienden como parte de un «conflicto político» todos los desafíos a la ley de los nacionalistas catalanes. Y no se indignan con quienes incumplen impunemente y con chulería la ley y la Constitución y con quienes les apoyan firmemente, como Podemos y el resto de la extrema izquierda. Tampoco con las campañas del odio en las redes sociales de los anteriores, o con sus actos de acoso hacia políticos de otros partidos. O con sus manifestaciones antidemocráticas cuestionando al Parlamento y los resultados electorales. Todo lo contrario, muchos de ellos hasta apuestan por que la socialdemocracia pacte con estos mientras se horrorizan por el avance de Trump.

Si Trump pierde finalmente, confío en que la derecha, sobre todo la norteamericana, aprenda la lección de lo que puede hacer el populismo entre sus filas. Será más complicado que la izquierda asuma la misma lección, empeñada como está en tolerar el populismo de extrema izquierda mientras rechaza el del otro lado, pero le vendría igual de bien. Con algo de esfuerzo y con dificultades para asumir el populismo de la izquierda en Estados Unidos, hay que elogiar a Mark Lilla en su artículo de ayer en *The New York Times* («Our Reactionary Age») algo inusual en los medios progresistas: el reconocimiento de que la política del odio, de la desesperanza, del resentimiento y del antileitismo de Donald Trump tiene su equivalente en Europa no sólo en la extrema derecha, sino también en la extrema izquierda de Podemos en España, de Syriza en Grecia o del movimiento 5 Estrellas en Italia. Trump es, simplemente, uno más de esa misma ola reaccionaria.



CAMBIO DE GUARDIA

GABRIEL
ALBIACLA CULPA Y LA
GANANCIA

Iglesias, como Trump, no es más que una caricatura. Sin la cual sus adversarios tendrían el éxito mucho más complicado

EN el punto justo del espejeo populista entre Trump e Iglesias, Julio Tovar, joven amigo de cultura literaria y cinematográfica poco común, me hace llegar este pasaje del argentino Ricardo Piglia que yo no conocía: «Mediodía nublado con un sol lívido en el aire. Hoy es el cumpleaños de mi padre, la indiferencia de siempre frente a ese hombre golpeado "por la historia", como dice él mismo. Sintió la furia y el odio político como una cuestión personal, eso era el peronismo para él, una cuestión privada, como si se tratara de ser fiel a un amigo (el peronismo hizo de la política una cuestión sentimental, por eso persiste)».

Todo nuestro presente está ahí, me anota. Tiene razón. Todo: bajo distintos nombres y contrapuestas consignas, España, Francia, Italia, Austria, Dinamarca, Holanda, mi admirada Holanda, en parte el Reino Unido... Y lo que más escalofraba en ese todo: los Estados Unidos. En ese todo, se cifra nuestra tragedia. Porque habría que ser muy ingenuo para no entender que de esta marea del populismo no se sale gratis.

La escena de los populistas españoles no va mucho más allá de un chapucero sainete. Ver rugir y agitarse a doña Irene Montero en el Parlamento, manoteando en dirección a los bancos de Ciudadanos el día de la investidura, da sólo risa. De momento. La violencia de Podemos no está aún en condiciones de ser ni la caricatura histriónica de aquella negra violencia, tan real, de Dolores Ibarruri o Eva Duarte en tiempos con otra envergadura de confrontación y muerte. Pero jugar a las masacres verbales es siempre arriesgado. Sobre todo, para la salud mental de los que juegan. Y, luego, para todos. Si los de la salud mental en juego tienen acceso a instancias de constricción real. Pensar en lo que habría sido de este país, si el propósito del populista Iglesias de poseer el CNI en un gobierno de Sánchez se hubiera cumplido, da más que escalofríos. Cuando uno mira hacia Venezuela y Cuba, sobre todo. Pensar en lo que pueda ser de las relaciones internacionales, si mañana el populista Trump (yo no lo creo) gana las elecciones en los Estados Unidos, va más allá de lo que nadie puede atreverse siquiera a imaginar.

No lo juzgo verosímil. De momento. Ni lo uno ni lo otro. Iglesias, como Trump, no es más que una caricatura. Sin la cual sus adversarios tendrían el éxito mucho más complicado: ¿alguien imagina a alguien tan corrupto como Clinton llegando a presidente, si no fuera para parar a un delirante como Trump? Pero ese populismo, que ha llegado de la mano del amigable estallido de los afectos -exactamente como escribía Brasillach que llegó su fervor nazi-, está ya aquí. Enquistado. Puede que yo no lo perciba lo bastante: dejé de ver la tele en 1972. Y este huracán de sentimentalismo devastador tiene un solo soporte: los televisores. Quienes han jugado con el fuego de ganar audiencia a costa de exhibir eso habrán de cargar un día con el peso moral de su culpa. Pero el anhelo de ganancia pesa más que el remordimiento.

PUEBLA

Momento de la reivindicación de
Diego Cañamero en Roma

EL ÁNGULO OSCURO

JUAN MANUEL
DE PRADA

LA COBRA

En los bares, en las peluquerías,
en la cola del supermercado se
discute apasionadamente sobre la
infame cobra de Bisbal a Chenoa

NI la formación de un nuevo gobierno, ni la inminencia de las elecciones en Estados Unidos ni las peleas intestinas de los socios han podido competir con la celebración del decimoquinto aniversario de «Operación Triunfo». Al personal se la sudan las lagrimillas boabdilianas de Pedro Sánchez, las borrascas bursátiles con que amaga el mundialismo para evitar el triunfo de Trump, el juramento de los nuevos ministros con crucifijo de adorno; y en los bares, en las peluquerías, en la cola del supermercado, en el patio del colegio se discute apasionadamente sobre la infame cobra de Bisbal a Chenoa:

-A ver, que nos lo aclare el señor escritor -me interpela una señora de rompe y rasga que me sorprende con la antena puesta, tratando de pispar su conversación con una amiga en el metro-, ¿usted cree que Bisbal le hizo la cobra a Chenoa?

Lo ha dicho con una voz muy estridente que interrumpe otras conversaciones en el vagón y obliga a varios pasajeros a levantar la vista de sus cacharritos, interrumpiendo su partida de Candy Crash. Se hace un silencio expectante, aguardando mi respuesta. Por primera vez en la vida me siento de veras influyente, un líder de opinión que te cagas, un puto *tendencer* que marca estilo.

-Eso, eso, mójese en las cosas que de verdad comprometen -me insiste la amiga de la señora que primeramente me interpeló, coñoña-. ¿Hubo cobra o

no hubo cobra?

-Hubo una cobra como un castillo -respondo al fin, un poco cohibido-. Lo que hizo ese Bisbal no tiene perdón de Dios. No se puede poner a una mujer a punto de caramelo, amagar y luego dar un paso atrás, en el último momento. Pero ya Marañón nos advertía que el donjuanismo con frecuencia es una cortina de humo que oculta...

No remato la frase porque mi respuesta ha encontrado la anuencia del vagón entero, que me jalea. España entera está cabreada con Bisbal, que al negarle el beso en los labios a su antigua novia hizo de repente añicos un maravilloso y grato espejismo. Pues, mientras veíamos a Bisbal y Chenoa cantar «Escondidos», quince años se borraron de repente; y, con los quince años, quedaron también borradas todas las penalidades e injurias de la edad, todas las aflicciones y berrinches que nos han ido vapuleando durante todo este tiempo. Mientras Chenoa y Bisbal cantaban acarameladitos, los españoles olvidamos por un instante que en estos quince años hemos hecho cola ante la oficina de empleo, hemos enterrado a nuestros padres, hemos tenido que conformarnos con sueldos birriosos, nos hemos divorciado, hemos visto volar a nuestros hijos del nido, se nos ha descolgado la papada y se nos ha desmandado la celulitis. De repente, Chenoa y Bisbal volvían a ser novios, como quince años atrás, y el mundo circundante se fundía en un remolino que nos devolvía la juventud hecha trizas, nos devolvía el alborozo perdido, nos devolvía la esperanza y las lágrimas, nos devolvía las ganas de amar, pese a tantas traiciones y engaños, pese a tantos pelos dejados en la gatera, pese a tantas ilusiones defraudadas. Y toda esa vida recobrada que creíamos marchita para siempre estaba, vibradora y trémula, con todas sus formas recobradas, con rocíos nuevos sobre sus senos nuevamente vírgenes, en el cuerpo espléndido de Chenoa, en la voz cálida de Chenoa, en la piel encendida de Chenoa, en la mirada húmeda y expectante de Chenoa, ofreciéndose como una ascua a Bisbal, borrando quince años de un plumazo, con su cortejo de penalidades y decrepitudes.

Y va Bisbal y le hace la cobra, haciendo añicos la ensoñación. Hay cosas que no pueden hacerse, Bisbal. España no te perdona.



LLUVIA ÁCIDA

DAVID
GISTAU

BUS

El carguito público cura las almas rebeldes o las corrompe

EN Argentina usan mucho el verbo «histeriquear». Nació para definir ciertas actitudes en las relaciones sentimentales, sobre todo la reticencia para conceder una cita, no digamos una rendición mayor. Pero ha evolucionado hasta referirse a situaciones donde alguien reacciona sin templanza, sobreactuando, como quien se sube a una silla y chillaba a ver un ratón.

La palabra «histeriquear» fue la que me rondó durante la semana pasada cuando un autobús naranja hizo en Madrid la entrada de un ratón en una peluquería. No hace falta ser un gurú de la comunicación para saber que el desdén y la indiferencia amortiguan el sonido de las campañas de propaganda artesanales: a los burgueses sólo se les epata si los burgueses se dejan. En esta ocasión, la pretensión de escándalo del autobús naranja se ha multiplicado hasta proporciones insólitas por culpa del histeriqueo, es decir, porque una serie de líderes regionales y de tertulianos entraron en competición por ver a quién repugnaba más aquello, como si el premio por obtener fuera un salvoconducto progresista. A organizaciones como la del autobús naranja no se las puede fortalecer regalándoles semejante triunfo. A ver si la próxima vez hay más templanza y un desdén parecido al que Bogart dispensaba a Lorre en «Casablanca»: «No te desprecio. Para despreciarte, debería detenerme a pensar en ti». No quiero ni imaginar los chillidos si, visto el éxito, los ratones proliferan ahora como una plaga.

El experimento del autobús naranja ha sido revelador. No ya por lo divertido que resulta ver a Cifuentes suplicando que se lo saquen de una pantalla porque no soporta verlo —«¡Las sales, las sales!»—, como si fuera una de las fotografías escatológicas de las cajetillas de tabaco. Sino porque ha terminado de consagrar el viaje interior de la Juventud Sin Futuro que se nos institucionalizó en el ayuntamiento de la capital. Aquellos feroces contestatarios que vindicaban la abrasión del humor salvaje, la gallardía de la rebeldía y hasta la acción en la calle ahora son unas beatas que patrullan la corrección política y sufren saponcios cuando alguien la quebranta. No es la primera vez que la historia nos enseña procesos como éste que ahora se repite en un grado menor de importancia. La insurgencia es sólo una herramienta para conquistar la forma de poder que esté al alcance, así sea sólo en un ámbito municipal. En cuanto lo logra, la insurgencia abomina de los cauces que ella misma usó y los reprime, pues no en vano ha pasado a ser lo establecido, incluso en lo doctrinal. El carguito público cura las almas rebeldes o las corrompe, esto depende de la perspectiva de cada cual. Por eso, y mientras persiguen un autobús naranja por las calles de la ciudad, los militantes de Juventud Sin Futuro disuelven la organización. El Estadito les procuró un futuro e incluso les otorgó la custodia del canon de corrección. No debe extrañar que Rita Maestre diga que la mujer que asaltó la capilla era otra, inmadura, sin carguito.

PUEBLA



COSAS MÍAS

EDURNE
URIARTE

LA DERECHA FRENTE AL ANTI-TRUMPISMO

La derecha que lamenta el trumpismo tiene la sensación de quedarse con cara de imbécil

Bastantes lectores de este periódico están irritados por algunos artículos contra Trump y les entiendo, aunque yo misma me encuentro entre los críticos de Trump. Como entiendo el fortalecimiento del apoyo a Trump entre sus votantes. Y no porque lo esté haciendo mejor de lo que esperábamos, sino por la doble vara de medir de las críticas progresistas y su insostenible hipocresía. La derecha moderada que lamenta el populismo de Trump y sus ideas sobre los musulmanes, las mujeres, los inmigrantes, Europa o el proteccionismo, tiene una creciente sensación de quedarse con cara de imbécil, y no es para menos, cuando la izquierda sigue sin aplicar una sola de sus ideas anti-Trump al populismo y extremismo de sus propias filas.

¿A qué conduce la crítica de la derecha a Trump si la izquierda es incapaz de una autocritica comparable? ¿A fortalecer su percepción de superioridad moral? O, pregunta igualmente pertinente, ¿adónde conduce el rechazo al populismo de derechas si no va acompañado de un rechazo semejante al populismo del otro lado? Por el momento, a lo de la percepción de «cara de imbécil», por ejemplo, cuando leemos a todo un expresidente del Gobierno de España, Felipe González, calificando de «psicópata» al presidente de Estados Unidos. Y cuando recordamos que este mismo expresidente socia-

lista estuvo callado durante meses ante el sectarismo, el populismo y el extremismo de su compañero Pedro Sánchez, que impidió la presidencia del ganador de las elecciones durante casi un año y que no formó Gobierno con la ultraizquierda y los independentistas porque no logró que le cuadraran los números. También se opuso una parte del socialismo, cierto, pero no recuerdo a nadie, tampoco a Felipe González, dedicándole las perlas que le han aplicado a Trump.

O cuando vemos a toda la prensa progresista mundial escandalizada porque Trump, escriben, ha acusado «sin pruebas» a Obama de haberle pinchado el teléfono durante la campaña electoral de 2016. «The New York Times» hasta le dedicó un durísimo editorial ayer «por su indiferencia hacia la verdad y la integridad moral». Maravillosa novedad, resulta que ahora la prensa progresista exige las «pruebas» que no han importado un comino en cientos de acusaciones contra los líderes de la derecha, incluidas las acusaciones de acuerdos con Putin para intervenir en la campaña electoral estadounidense contra el propio Trump. O cuando tampoco han importado para eso de la integridad moral las fuentes anónimas o los *hackeos* de delincuentes informáticos contra políticos y partidos de derechas porque entonces, decían, lo que primaba era el «derecho a saber».

Y por si la derecha no tuviera bastantes motivos de asombro con el antitrumpismo, estamos a punto de entrar en la campaña del antilepenismo, dada la cercanía de las presidenciales francesas. Veamos lo que van a llamar a Marine Le Pen los mismos que encuentran interesantes y perfectamente respetables a Pablo Iglesias y a Podemos. O qué movilizaciones anti-Le Pen exigirán quienes acuerdan con la extrema izquierda en España y quisieran sustituir el Gobierno de Rajoy por una alianza entre socialistas, ultras e independentistas. No sugiero que la derecha moderada apoye a Le Pen ni rectifique su desacuerdo con Donald Trump, pero sí debe dedicar más atención y tiempo a esos otros populismos a los que nadie llama «psicópatas», que en España sobrepasan el 20 por ciento del voto, en Francia apoyaron a Hollande y en Estados Unidos han constituido una parte significativa del voto a los demócratas.



EL CONTRAPUNTO

ISABEL
SAN SEBASTIÁN

PENDULAZO SEXUAL

Hazte Oír y Chrysallis caen en el mismo error al utilizar a los niños en su pugna

EN el transcurso de mi vida la sexualidad ha pasado de ser un tabú inquebrantable a enarbolarse a toda hora cual tarjeta de visita. ¡Con lo que luchó mi generación para colocar esa circunstancia en el ámbito de normalidad que le es propio! Muy poco ha durado el fruto de nuestro esfuerzo.

No me ha gustado la campaña del autobús («los niños tienen pene, las niñas vulva»), como tampoco la de las marquesinas navarras y vascas («niños con vulva, niñas con pene») a la que pretende responder. Dicho esto, no veo en esas palabras incitación alguna al odio y defendiendo sin restricciones el derecho de Hazte Oír a poner en circulación al portador de su mensaje, tanto como el de la asociación de familias de menores transexuales Chrysallis a colgar sus carteles en las paradas del transporte público. La libertad de expresión se sitúa en el vértice de mis convicciones, junto a la certeza de que toda vida humana es sagrada desde el mismo momento de su concepción. Proclamen pues ambas organizaciones lo que estimen oportuno y acepten que, en opinión de muchos, incurren en el mismo error grosero al convertir en instrumentos de su pugna ideológica a los menores inocentes a quienes dicen querer proteger.

Desde mi punto de vista, un niño o un hombre es muchísimo más que un pene y una niña o mujer infinitamente más que una vulva. Reducir la identidad de una persona a su sexo, o cuando menos con-

vertir ese sexo («género», recoge ahora el diccionario de lo políticamente correcto) en el principal rasgo identitario de esa persona, es tanto como amputarle la complejidad inherente a su mente o espíritu. Reducirla a su faceta más animal, privándola de libre albedrío, talento, imaginación, creatividad, individualidad. Cosificarla. Un ejercicio tanto más pernicioso cuanto menor es la edad y capacidad de abstracción de los llamados a entender el significado de esas campañas.

¿Dispone un niño de seis, siete u ocho años de las herramientas necesarias para procesar correctamente lo que pretende enseñarle eso de «los penes» y «las vulvas» convertido en reclamo para sus ojos? Lo dudo mucho. Pero preguntarán cuando vean y resultará muy difícil explicárselo. El universo en esa etapa de la vida es algo mucho más sencillo, sujeto a una lógica primaria aplastante. La referencia por excelencia de los pequeños en ese momento son todavía los padres, y es a ellos a quienes corresponde explicar el sentido profundo del término «sexo», de acuerdo con sus creencias. Así lo recoge, de hecho, en su artículo 27, la Constitución, redactada en uno de los breves paréntesis de moderación que ha conocido la historia de España. El trabajo de la escuela, en esa fase, debería ser educar en tolerancia, respeto y aceptación natural de la diferencia, cualquiera que sea su manifestación. Tiempo tendrá en los cursos correspondientes a la adolescencia, cuando los amigos y compañeros asuman un papel protagonista en la determinación de la conducta, para sumar a ese currículo toda la información relativa a la experiencia responsable y segura del sexo, los métodos anticonceptivos disponibles, los riesgos inherentes a determinadas prácticas, etcétera. Cada cosa, en su momento y correspondiente ámbito, asumiendo que el propio de la niñez es indiscutiblemente la familia. Ni las marquesinas ni los autobuses.

Hemos pasado en cuatro décadas de la censura al exhibicionismo, de las muñecas de trapo a los disfraces de enfermera sexy, de la «elegetofobia» a la «elegetofilia» impuestas, sin apenas detenernos en ese espacio intermedio donde habita la virtud. Lo nuestro son los dogmas, el pensamiento único, la ingeniería social... y por supuesto la hoguera para quien se atreva a discrepar.



UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO
CAMACHO

EUROGALBANA

El debate político nacional ignora la crisis europea con una ausencia clamorosa de pensamiento geoestratégico

POCOS países de la UE tienen un sentimiento tan arraigado como el de España sobre la pertenencia europea. Los años de aislamiento franquista moldearon una especie de ansiedad de integración que convirtió Europa en un mito para la conciencia colectiva. El ingreso en la Comunidad propulsó nuestro desarrollo y asentó la historia feliz de la restauración democrática con una imprescindible devolución de la autoestima. Formar parte de ese espacio de libertades y progreso no sólo nos enorgullece sino que constituye para la mayoría de los españoles una necesidad, un objetivo y una garantía.

Sin embargo, el momento crítico que atraviesa Europa está en la práctica fuera del debate político nacional. En una coyuntura de extrema delicadeza para la Unión, que está a punto de plantearse cuestiones esenciales sobre su propia razón de ser, la agenda pública española aparece dominada por asuntos tales como la dimisión del presidente de Murcia. Una simple decisión comunitaria de índole casi administrativa, la reforma de la estiba portuaria, recibe en el Parlamento un portazo desdeñoso porque desagrada a un pequeño grupo de sindicalistas. La ausencia de pensamiento geoestratégico es clamorosa; los partidos simplemente ignoran la reflexión europea o la despachan con escuetas y superficiales consignas. Sólo el Gobierno atiende por deber, y no con demasiado empeño, los compromisos de un socio involucrado en obligaciones imperativas. Su teórico aliado, Ciudadanos, carece de opiniones relevantes al respecto y la izquierda es de un antieuropeísmo fóbico (Podemos) o está demasiado enfrascada (PSOE) en ocuparse de sí misma. En medio de este páramo de ideas y de voluntades, no deja de resultar paradójico que la UE figure en lugar prioritario de las aspiraciones de los secesionistas.

También parece contradictorio que pese a este desolador vacío interno en el que languidece nuestra vocación mayoritaria de participar en una Europa unida y fuerte, España sea para el resto de los aliados una inesperada referencia de estabilidad sobrevenida. Aunque siga sin cumplir con la regla del déficit fiscal, no tiene un problema serio de inmigración ni conflicto con los refugiados; se relaciona sin tensiones con Estados Unidos y mantiene razonablemente embridado al populismo en limitadas expectativas. Un país con cierta capacidad de estrategia aprovecharía esa condición para hacer valer su influencia y adquirir masa crítica. Pero para eso hace falta una implicación unitaria, un clima de opinión que reclame a sus líderes apuestas claras sobre la continuidad del proyecto, una convicción palpable en el modelo social, económico y moral que colapsa amenazada por su propia galbana, por su parálisis institucional, por la pinza entre Putin y Trump y por el auge populista. Hace falta que el consenso natural de los ciudadanos tenga reflejo en su representación política.

JM NIETO Fe de ratas





EL ÁNGULO OSCURO

JUAN MANUEL DE PRADA

HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE

Gibson no se recata de exaltar las mismas verdades humanas que exaltaban Ford, Hawks y demás maestros de antaño

DISFRUTÉ como un enano escribiendo mi último artículo de la revista «XL Semanal», una diatriba contra los moderaditos que abominan de Mel Gibson. Y he disfrutado todavía más viendo «Hasta el último hombre» (*Hacksaw Ridge*, en el original), que es el título de la película con la que Mel Gibson reanuda su carrera como director cinematográfico, diez años después de la magnífica *Apocalipto*.

Nadie daba ya dos duros por el retorno de Mel Gibson, a quien los centinelas de la corrección política habían encerrado en la mazmorra de los apesados. Pero el caso es que Gibson, milagrosamente, ha vuelto con una película mucho mejor de lo que nadie hubiese soñado, completamente coherente con su universo personal, aunque se trate de una película de encargo (pero también eran de encargo todas las personalísimas películas de Ford, Hawks y demás maestros de antaño). «Hasta el último hombre» narra la peripecia verídica de Desmond Doss, un soldado de Infantería del Ejército estadounidense que alcanzó la más alta condecoración militar de su país, la Medalla de Honor, por su heroico comportamiento en la batalla de Okinawa, donde salvó la vida a más de setenta compañeros. Lo estupefaciente del caso es que Doss logró esta hazaña sin empuñar un arma, pues sus convicciones religiosas se lo impedían; pero, al mismo tiempo, su pa-

triotismo lo empujó a alistarse en el combate contra el agresor japonés. En este comportamiento paradójico (un pacifista que se alista en el Ejército, un hombre que se niega a empuñar un arma inmerso en un combate donde las armas alcanzan su máxima eficacia mortífera) se hallan la originalidad y el meollo dramático de la película, que por agudizar este contraste empieza siendo un drama romántico de ambientación rural para terminar recreando los horrores de la guerra con una crudeza que puede lastimar a los espectadores más impresionables. Por supuesto, Gibson no se recata de exaltar las mismas verdades humanas que exaltaban Ford, Hawks y demás maestros de antaño: el amor conyugal, el heroísmo, la entrega a favor del prójimo y, muy especialmente, la fe religiosa, que es el motor que guía el arrojo de Doss y su salvaguarda frente al escarnio de sus compañeros.

En el personaje de Desmond Doss, Gibson ha encontrado un paradójico trasunto de sí mismo, un incomprendido que para mostrarse como es tiene que dar lo mejor de sí; y esta identificación íntima transmite a la película una vibración humana única. Doss es un pacifista al que todos tienen por cobarde, un creyente del que todos se burlan, por juzgar que su religiosidad es el disfraz de su falta de hombría; y que, para sacudirse el sambenito que le han colgado, se arroja al combate, salvando las vidas de quienes lo han estado escarneciendo. Gibson es un hombre de genio artístico al que todos tienen por un orate, por un bocazas, por un fanático; y que, para sacudirse el sambenito que le han colgado, dirige una película de encargo en la que pone lo mejor de sí mismo, como si le fuese la vida en ello, para desengañar a los moderaditos de corazón duro y polla blanda que tanto lo han denigrado. Como Doss, Gibson necesitaba redimirse, sabiendo que no hay redención posible sin paso por el Gólgota; y tal vez el horror y la angustia que destilan las secuencias bélicas de su película sean una proyección de las penalidades y sufrimientos que ha atravesado el propio director durante la última década.

Ojalá haya encontrado la paz soleada que viene del cielo, la paz benéfica que baña al protagonista de su hermosa película, convaleciente todavía pero ya rescatado de un infierno que a punto estuvo de devorarlo entre sus fauces.

JM NIETO *Fe de ratas*



UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO CAMACHO

EL POSPOPULISMO

Errejón no es un ideólogo moderado, sino un político tímido. Puede acabar en el PSOE, pero todavía no lo sabe

QUIZÁ pronto haya que dejar de considerar a Podemos un partido populista. El populismo no es una ideología, sino un instrumento, una estrategia electoral que ampara a proyectos rupturistas de distinto signo enfrentados al sistema. Bajo ese paraguas de simplismo y demagogia, basado en la creación artificial de un sujeto político –la gente– y un enemigo –las élites–, conviven gentes tan distintas como Trump, Farage, Le Pen, Tsipras o Iglesias. Los primeros son conservadores y xenófobos; los dos últimos viajan con el nuevo pasaporte de la extrema izquierda. Tras el fracaso de su intento de asalto fulgurante al poder, basada en aprovechar los estragos de la crisis mediante una candidatura del descontento, el líder de Podemos parece decidido a encarnarse en su verdadera identidad. A presentarse como lo que siempre ha sido: un anticapitalista ortodoxo, un activista de la lucha de clases, un neobolivariano. Un posmarxista.

En ese giro hacia la radicalidad, Iglesias va a someter a su partido a la típica purga leninista. La víctima elegida es Íñigo Errejón, autor del diseño político que trató de condensar el 15-M en un catálogo de Ikea. Errejón ha sido el estratega de Podemos como aparato electoral: una plataforma de rechazo que trataba de aglutinar a los decepcionados en una coalición heterogénea. Estudioso de Ernesto Laclau, destiló el populismo a la argentina en una propuesta transversal, *atrpalotodo*, de vocación posmoderna. Iglesias se dejó transportar en ese vehículo pensando en alcanzar el poder para desarrollar luego sus verdaderas ideas. Sólo que la cosa no funcionó y ahora necesita empezar la reconversión de su liderazgo alfa cortando unas cuantas cabezas.

Más allá de las discrepancias sobre el modelo político y la organización interna, ambos se culpan mutuamente del fracaso y han llegado a una tensión que no admite componendas. Errejón y su minoría van a perder el pulso nacional como perdieron el de Madrid porque Podemos no se entiende sin Pablo Iglesias. Y la apuesta de este es un retorno a la agresividad, a la pulsión de rabia y revancha social, a la ruptura sin etapas intermedias. Ya no quiere suplantar a la socialdemocracia, sino laminarla, barrerla. Mantendrá el populismo como estructura de comunicación mientras le pueda servir de herramienta.

Errejón no es un moderado, aunque tal vez acabe moderándose empujado por la experiencia. Puede terminar en el PSOE, pero aún no lo sabe. Lo que sí ha sido es partidario de la alianza coyuntural, de la convergencia. Trataba de no inspirar miedo, de entrar al poder por la gatera. En ese sentido es más pragmático que su jefe, aunque carece de su carisma destructivo, de su tirón de arrastre, de su convicción en la fuerza. Le van a «hacer la autocrítica». En el Podemos que viene no caben los tímidos porque ya no va a ser un partido, sino una formación de combate. Una máquina de guerra.



EL CONTRAPUNTO

ISABEL
SAN SEBASTIÁN

SALVAR AL SOCIALISMO ESPAÑOL

Sería devastador para nuestra democracia que Podemos consiguiera fagocitar al PSOE

EL Partido Socialista, antaño Obrero y Español, ha dejado de albergar dos almas para adentrarse en la guerra civil. A un lado de la trincheras se sitúan las huestes heredadas de lo que en su día dio en llamarse «felipismo» y llegó a tener en su poder no sólo el gobierno nacional, sino la mayor parte de los autonómicos y municipales, además de acrecentar la influencia de nuestro país en Europa e Iberoamérica. Al otro, forma la tropa creada por Zapatero durante sus dos mandatos de «Nación discutida y discutible», «memoria histórica» empeñada en reabrir viejas heridas, alineamiento internacional con regímenes bolivarianos y negociación política de tú a tú con ETA. Una tropa encabezada después por el defenestrado Pedro Sánchez, elegido paradójicamente gracias al apoyo del ala más sensata del PSOE para enderezar el rumbo de la formación, que acabó saliendo rana al sucumbir a un ataque de «ambicionitis» aguda muy propio de quien llega demasiado alto demasiado rápido, sin la mínima preparación necesaria para asumir las responsabilidades del cargo.

El PSOE se desangra en las encuestas, víctima de esa lucha fratricida, a la vez que manifiesta los síntomas característicos de la descomposición interna en forma de indisciplina seguida de las correspondientes purgas. Los díscolos que se rebelaron a la abstención en la investidura de Rajoy, decidida por el Comité Federal, han empezado a pagarlo con la pérdida de portavocías, sobresuel-

dos y demás prebendas parlamentarias, porque nuestro sistema electoral otorga a los partidos plena potestad en la confección de las listas y quienes forman parte de ellas saben, o deberían saber, de quién depende su suerte. El próximo paso que cabe aventurar será el divorcio, amistoso o no, entre PSOE y PSC. La cuota catalana en el sanedrín de Ferraz es consciente de que sus días están contados desde que Susana Díaz, cuya candidatura para liderar las siglas del puño y la rosa parece cercana a oficializarse, apuntó que no vale desmarcarse del destino común cuando interesa, conservando, eso sí, voz, voto y representación en los órganos de dirección nacionales. Vamos, que no se puede estar en la procesión y repicando, al pan y a las tajadas, influyendo de manera determinante en las decisiones de Madrid sin dejar que Madrid meta baza en las de Barcelona. ¡Ya estaban tardando! Habida cuenta de la deriva registrada en los últimos años por el socialismo catalán y el andaluz, de la evolución de sus respectivos resultados en las urnas, parece claro que al partido le conviene más seguir la senda «susanaista» que la del bailón Iceta. Y a España, desde luego, también. Nada serviría mejor a los intereses de uno y otra que la separación definitiva de las dos formaciones y la recuperación por parte del PSOE de ese espacio de la izquierda en Cataluña hoy okupado, con k, por los defensores del derecho de autodeterminación eufemísticamente denominado «a decidir».

Claro que, siendo importante, esa maniobra no bastaría para devolver a la socialdemocracia española las señas de identidad perdidas. Para conseguir ese fin, el Partido Socialista debería romper cuanto antes los pactos que mantiene con la extrema izquierda de Podemos cuya vocación declarada es robarle el electorado, desplazarlo como alternativa y contagiar su programa de la demagogia populista sobre la que han armado ellos su discurso de odio y ruptura. En otras palabras; fagocitarlo como han hecho con la difunta Izquierda Unida. Y puesto que la consecución de ese propósito sería devastadora para la salud de nuestra democracia, el PP haría bien proporcionando un poco de oxígeno a la bancada que tiene enfrente. Por ejemplo, evitándole la humillación de ver a Fernández Díaz presidir la Comisión de Exteriores.

Patriotismo obliga.

JM NIETO *Fe de ratas*



UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO
CAMACHO

PUBLICIDAD FRAUDULENTO

El populismo usa las redes como armas de intoxicación masiva. La publicidad engañosa no está prohibida en política

AQUELLA cínica frase de Mitterrand sobre las promesas electorales, la de que sólo comprometen a quienes se las creen, sería considerada hoy una desfachatez populista. El viejo zorro francés amaba el poder sobre todas las cosas, y en sus intentos de alcanzarlo fue capaz de fingir un atentado. Para conservarlo dio alas a Le Pen padre y mintió a su conveniencia apelando a la razón de Estado, como si fuese un príncipe de Maquiavelo. Pero lo hacía a sabiendas de que en las reglas de juego de la política la mentira tenía un precio. No siempre tocaba pagarlo pero si ocurría no cabía refugiarse en el privilegio.

Los actuales adalides del populismo, en cambio, mienten no sólo con sensación de impunidad, sino con absoluta falta de remordimiento. Trazan diagnósticos falsos y proponen soluciones inviables con la mayor naturalidad porque se sienten a salvo de cualquier reproche, ya que sus discursos siguen la lógica arbitrista del pueblo. Han encontrado en el desordenado universo de internet un campo de Agramante perfecto para sembrar sus mensajes de discordia sin tener que someterlos a ninguna prueba de contraste. Por eso desprecian a los medios tradicionales de comunicación: saben que en el mundo contemporáneo la opinión compartida tiene mucha más fuerza que la publicada, aunque se base en informaciones falsas. Para un buen populista, la verdad está sobrevalorada. Por qué conformarse con un relato veraz, tan aburrido y antipático, si se puede difundir un buen bulo, una seductora patraña.

La victoria de Trump, el éxito del Brexit, el auge de Podemos, o la mitología del soberanismo representan la glorificación del engaño: los euróforos ingleses tuvieron el cuajo de admitirlo sin empacho. La demolición del prestigio de las élites, también en España, se ha cimentado en gran medida en la transmisión de mensajes adulterados. La campaña del presidente electo americano ha divulgado en la red tal cantidad de calumnias y embustes —uno de los más extendidos fue el del apoyo del Papa— que ha obligado a una cierta contricción, mero postureo, de los responsables de Google y de Facebook. Los de Twitter, que se sepa, aún no han piado. La mayoría de esas noticias inventadas se han propagado desde webs y sitios del Este europeo: la órbita de Putin, el paraíso de los hackers informáticos. Da igual; el mal ya está hecho. Una mentira puede recorrer el mundo mientras la verdad se ata los zapatos.

La publicidad fraudulenta está prohibida en casi todas las sociedades avanzadas para proteger los derechos del consumidor. Pero en la política no rige este veto porque a menudo es el consumidor el que se presta voluntario para socializar la trola a través de las redes sociales, armas de intoxicación masiva, con el fervor propagandístico de un apostolado. En ese sentido tenía razón Mitterrand: la responsabilidad final es de quien avala con su voto su propio engaño.



EL CONTRAPUNTO

ISABEL
SAN SEBASTIÁN

MUROS DE RABIA

Trump es lo opuesto al liberalismo, el esfuerzo, el coraje, la excelencia o la defensa de elevados principios

SÍ, la victoria de Donald Trump tiene sus razones. Sí, la mayoría de los analistas y medios de comunicación erraron estrepitosamente el diagnóstico junto al correspondiente pronóstico. Y sí, dicho lo que antecede, el aterrizaje de un tipo semejante en la Casa Blanca constituye una noticia sumamente inquietante, ya que llega hasta el Despacho Oval a lomos de promesas imposibles de cumplir, mentiras o exageraciones propias de un populismo impúdico, rabia hábilmente explotada y una trayectoria errática cimentada en la televisión de masas que le retrata como el personaje imprevisible que es. Un elefante (nunca mejor dicho) en la cacharrería de cuya gestión depende la seguridad del mundo entero.

Sí, el «establishment», bautizado aquí como «sistema» por nuestros populistas locales, está trufado de corrupción. Sí, los partidos tradicionales, a izquierda y derecha, se han prostituido hasta el extremo de convertirse en meras maquinarias destinadas a conseguir o conservar el poder. Sí, la intriga, falta de principios y nula ejemplaridad son características comunes a buena parte de nuestros líderes. Sí, la dictadura de lo políticamente correcto ha causado estragos en nuestra capacidad defensiva frente a las amenazas que nos atenazan, empezando por el terrorismo. Sí, se ha impuesto el relativismo, el gran mal de nuestro tiempo. Pero Trump, Farage, Le Pen o Iglesias no pueden ser la solución.

El edificio levantado a partir de 1945 sobre los cimientos ensangrentados de una Europa devastada se viene abajo sin remedio. Hemos olvidado la lección, lo que nos aboca a repetir una historia trágica aplicando idénticas recetas fracasadas a similares problemas cíclicos: Crisis económica, pérdida masiva de empleos, cambio de modelo productivo, competencia percibida como desleal por quienes no son capaces de adaptarse a las nuevas exigencias, miedo, ira, impotencia... consecuencias imparables de la globalización, similares a las derivadas del paso de la era agrícola a la industrial hace cien años. Dos guerras mundiales sirvieron para demostrar que el levantamiento de barreras proteccionistas resulta contraproducente en el empeño de evitar conflictos y que nada resulta tan útil al progreso común y la paz como fomentar los intercambios. Que azuzar el odio al vecino, al que prospera, al diferente, termina en millones de muertos. Que quien se resiste a la realidad acaba aplastado por ella. Aprendimos el altísimo valor de la libertad individual y política. El deber ineludible de defenderlas con valentía, a costa del sacrificio personal. La fragilidad de la democracia, sujeta a giros brutales de efectos aterradores. Crecimos (los de mi generación) agradeciendo a nuestros padres la cultura del esfuerzo merced a la cual tuvimos lo que a ellos se les negó. La virtud del trabajo constante. La capacidad de renunciar a una infinidad de deseos perfectamente legítimos con tal de legar a los hijos un futuro mejor. Todo eso se ha ido al garete. El «sangre, sudor y lágrimas» no vende. Triunfa el «porque tú lo vales», el «tú tienes derecho a todo», tejido a base de embustes y servido en mensajes simples a través de las redes sociales.

Donald Trump nada tiene que ver con el liberalismo, el esfuerzo, el coraje, o la austeridad. Mucho menos con la excelencia o la defensa de elevados principios. Es lo opuesto. Un niño de papá rico, aficionado a todo tipo de excesos, que aprendió en un reality show lo que hay que decir y hacer para satisfacer a la audiencia. Un demagogo consumado. Un vendedor de humo y odio cuyas promesas generarán grandes dosis de frustración cuando se revelen baldías. Entonces crecerá la rabia y no habrá muro que la contenga.



UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO
CAMACHO

RACISMO ELECTORAL

La demagogia triunfa por la galbana del sistema. Ante su estúpida confianza en el poder taumatúrgico de la democracia

EL debate más antipático que plantea el éxito del populismo es el que conduce al cuestionamiento de las reglas de juego. Ciudadanos que impugnan la decisión de otros ciudadanos desde un manifiesto complejo de superioridad intelectual y moral. El virus de la discordia, del enfrentamiento civil, como secuela de la epidemia demagógica. La perplejidad y la frustración ante el fracaso de la presunta razón democrática. La dificultad de admitir el dramático triunfo de la mentira como expresión instrumental de un voto de revancha.

Victorias como la de Trump, la de Siryza o la del Brexit dejan demasiadas preguntas antipáticas. Sobre la trivialidad de la opinión pública, sobre el voto de las tripas o de la rabia. Sobre la eficacia de las falsas promesas levantadas mediante la hegemonía de la propaganda. También en España muchos se preguntan cómo cinco millones de electores pueden haber respaldado a Podemos y su siniestra distopía autoritaria. Los propios populistas españoles han incurrido en el racismo electoral al despreciar el sufragio adverso de los mayores de 45 años: un planteamiento narcisista, excluyente, malthusiano. El mismo que en la Cataluña soberanista envuelve la dominancia autocomplaciente de un delirio mitológico, mesiánico.

La demagogia ha triunfado muchas veces desde el principio de la Historia, y siempre con consecuencias devastadoras que no terminan de formar una experiencia de aprendizaje. Porque los demagogos vencen sobre los errores de los demás. Productos de las grandes crisis, de los descalabros sociales, se cuelan por las grietas del sistema, escalando sus cuarteados muros con las cuerdas del desengaño. Se alzan sobre la rabia y el resentimiento con un llamamiento a la venganza. Contra los inmigrantes, contra los ricos, contra Europa, contra los bancos: sólo cambia el chivo expiatorio, el culpable simbólico del naufragio.

Pero las sociedades abiertas no aprenden. Desdénan la amenaza mientras le construyen pistas de aterrizaje. La televisión y su política del espectáculo. La corrupción. El desistimiento en la batalla de las ideas. Los liderazgos cansinos. El fracaso pedagógico contra la trivialidad. Y esa letal displicencia arrogante, esa estúpida confianza en el poder taumatúrgico de la democracia.

Y de pronto, el asombro al comprobar que existen patologías democráticas. Que el principio sagrado de la soberanía popular conduce, cuando los agentes públicos declinan sus responsabilidades, al fenómeno autoenajenado de los suicidios colectivos y las calamidades voluntarias. Entonces los espíritus cándidos insultan a los votantes que escucharon las soflamas impunes que nadie rebatió con el necesario rigor ni la suficiente energía de combate. Y descubren que a veces los pueblos se equivocan. Claro que se equivocan. En su derecho están: libre albedrío. El problema es cómo evitar que se den cuenta demasiado tarde.

JM NIETO *Fe de ratas*





EL BURLADERO

CARLOS HERRERA

EL PESO DE LA NOSTALGIA

Han sido muchos, pero muchos de ellos han votado con el peso de la nostalgia en los hombros

LOS mismos que interpretamos sesudamente que el pueblo americano votaría estabilidad con una mayoría suficiente, es decir, que la votaría a ella, andamos dando vueltas por la plazuela del ingenio para explicar por qué los estadounidenses han elegido al que los demás no les señalábamos con el dedo sabio. Y lo hacemos creyendo que hay una sola razón colectiva que aúna las intenciones de todos ellos. Decimos: esta gente ha votado a Trump por esto y aquello, cuando a lo mejor no tiene nada que ver la razón que le ha llevado a uno de Vermont a desistir de lo conocido con lo que ha motivado a una de San Diego. Sólo el Departamento de Inteligencia Artificial de una Universidad norteamericana se había aventurado a predecir la victoria de lo impredecible en base al número de «me gusta» o «no me gusta» de determinadas páginas en la red; más allá de ello muy pocos suponían que el hoy presidente electo vencería a una mujer sobradamente preparada y largamente entrenada para el cargo. Quizá solo Los Angeles Times y no siempre.

Puede que, para el grueso de los votantes del ganador, la nostalgia haya jugado un papel determinante. La nostalgia de qué, se preguntarán: de aquellos Estados Unidos en los que ser clase media, blanca, protestante y ufana garantizaba la felicidad social, del país hegemónico e incontestado y del orden establecido por las leyes tan difícilmente alterable. El

país pertenecía a una casta social muy amplia que de forma muy condescendiente permitía sentarse al festín a las minorías asimiladas que se comportaran correctamente, pero siempre advirtiéndoles que las características fundamentales del club eran las suyas. Desde aquél entonces a ahora mucho han cambiado las cosas: se dejó de vivir tan bien, los salarios bajaron ostensiblemente, un negro llegó a la Casa Blanca, ahora iba a entrar una mujer, el terrorismo ha machacado calles y emblemas, cualquier mierda se pitorrea del país y la presión fiscal se dispara para que unos inmigrantes ilegales que se pasean con suficiencia y descaro vayan a tener sanidad gratuita. No es el país que conocieron o el que había diseñado la costumbre.

En esas llegó un tipo hecho a sí mismo, con excesos verbales comprensibles para muchos, que propuso volver a hacer grande otra vez a América. Y eso gustó a los nostálgicos, los cuales, además, recelaban del *establishment* y de una mujer en la que se encarnaban algunos pecados capitales según su forma de ver. A muchos de los que han votado a Trump no les ha hecho ni pizca de gracia la presidencia de Obama, a pesar de algunos logros evidentes, como la recuperación del empleo, el ordenamiento del sistema financiero o la recuperación económica. Clinton era la continuidad de una administración que no ha devuelto ningún tipo de grandeza cotidiana a los EE.UU. Ese hartazgo se produjo tras los cuatro años de Carter: llegó Reagan como un salvador y, ciertamente, engrandeció el país. Ahora, la nostalgia lleva a ver a Trump como un salvador que llega de las afueras de la política profesional de la que tanto se han hartado, a lo que se ve, muchos paisanos y que promete volver a poner las cosas en su sitio. Desgraciadamente, las cosas no son tan sencillas.

¿Y si tan claro lo ve ahora cómo no lo supo prever?: no era tan detectable el fenómeno. Los votantes de Trump se escondieron, posiblemente debido a la presión de lo políticamente correcto: todo el mundo diciendo que votar a ese individuo era una barbaridad hizo que se callaran hasta el momento del voto. En ese instante, ordenados por Estados, los votos dieron salvoconducto a quien ahora goza del triunfo. Han sido muchos, pero muchos de ellos han votado con el peso de la nostalgia en los hombros.



UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO CAMACHO

HAMELIN

Es una patología emocional. Nada se parece más a un populismo de izquierdas que un populismo de derechas

A ti, lector que te alegras de la victoria de Trump sólo porque fastidia a los progres, es probable que ya te haya costado dinero. Los bancos y las energéticas españolas, las grandes depositarias de las inversiones de la clase media, perdieron el miércoles hasta casi un diez por ciento; si tienes acciones, piensa cuánto tiempo cuesta levantar eso. Pero no te engañes, que no se trata de una cuestión económica sino de principios, de ideas. Trump no es un liberal ni un conservador al modo europeo; tampoco un hombre de creencias respetuosas ni de reglas morales serias. Poco tiene que ver con los conceptos que estás acostumbrado a asociar con el pensamiento de la derecha. En realidad, con ninguna clase de pensamiento ni de ideología, ni siquiera con doctrinas políticas de una cierta coherencia. Es un aventurero, un panista, un vividor; un simple demagogo oportunista que representa todo aquello que en el fondo detestas.

El nuevo presidente es un populista puro, un fruto de la *antipolítica*. Tómate en serio esto del populismo porque nos va a doler la cabeza. Son tipos que aprovechan la crisis de las instituciones para predicar el apocalipsis con arengas de falsos profetas. Surgen de la televisión, de la banal civilización del espectáculo, para proyectarse ante una sociedad cansada como redentores del derrotismo, como mesías de un nuevo orden a construir sobre las cenizas del viejo. Sus promesas son falsas, sus recetas impracticables, y sus expeditivas soluciones sólo sirven para agravar los problemas. Los reconocerás, al margen del color con que vengan pintados, porque todo les parece fácil de arreglar, sea echando a los inmigrantes o abriéndoles los brazos, subiendo los impuestos o bajándolos. Predicadores de verbo fácil e incendiario, flautistas del Hamelin de la desesperanza, patriotas sobreactuados. Ambiciosos ventajistas que entrevén en el hastío social la oportunidad de tomar el poder por asalto.

Tú que votas al PP deberías pararte a pensar que Trump es todo lo contrario de un Rajoy: immoderado, estruendoso, impaciente, faltón, charlatán. De hecho el Gobierno español está inquieto con su victoria: teme que el rebote populista no sólo dé alas a Podemos sino que contamine sus propias filas. Los marianistas recelan del aislacionismo antieuropeo, del auge proteccionista, de la *fatwa* contra las élites: todo eso en lo que coinciden, desde su aparente bipolaridad, todos los extremistas. El radicalismo no es una ideología sino un carácter, una patología emocional de la política que afecta por igual a todos los exaltados. A los sectarios, a los intransigentes, a los iluminados. A los que consideran enemigo a quien no participa de sus excluyentes convicciones de fanáticos.

Por eso antes de regocijarte con Trump recuerda que existe Podemos. Y que no hay nada más parecido a un populismo de izquierdas que un populismo de derechas. Y viceversa.

JM NIETO *Fe de ratas*

